

REFLEXIONES PARA LA TRANSFIGURACIÓN DEL SEÑOR ~ 06 agosto 2023

El Monte ~ La Residencia de Littledale

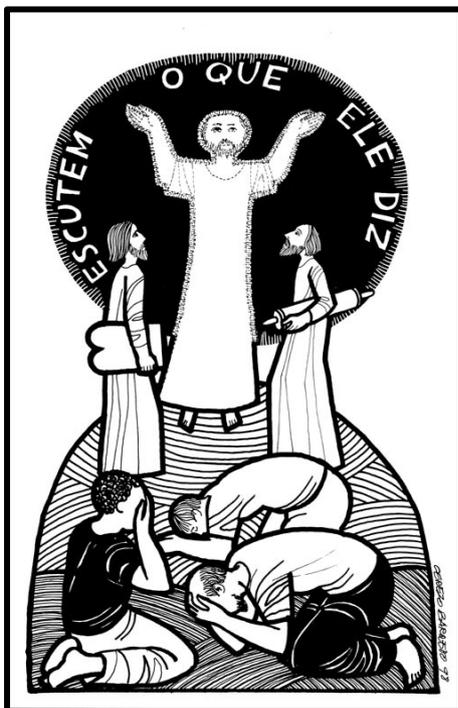
Este año la fiesta de la Transfiguración se celebra en domingo y sustituye a la liturgia del 18º domingo del tiempo ordinario. La transfiguración es un momento significativo en la vida de Jesús, en la vida de los discípulos y en la memoria de los cristianos de hoy. Es una fiesta de paradojas: visiones de otro mundo y atención detallada a los sentidos humanos, la humanidad de Jesús y el reconocimiento por parte de Dios Padre del Hijo amado, la gloria de Aquel que regirá los cielos y la tierra y la preparación de Jesús para un gran sufrimiento y la muerte, el profundo temor de los discípulos y el recuerdo que será fuente de profundo coraje.



Transfiguración, Jesús MAFA

El pasaje comienza con la hora exacta, "seis días después", seis días después de que Pedro haya declarado que Jesús es el Mesías, el Hijo del Dios vivo (Mt 16:16), seis días después de que Jesús recuerde a los discípulos que pasará por grandes sufrimientos y muerte antes de resucitar (Mt 16,21), y seis días después de que reprenda a Pedro por no creer que sufrirá (Mt 16,23). En las siguientes palabras del versículo inicial, se nos dice que Jesús lleva a Pedro, Santiago y Juan a un monte alto donde se transfigura ante ellos, "su rostro resplandecía como el sol, y sus vestidos se volvieron de un blanco deslumbrante" (Mt 17,2). La montaña es el lugar de encuentro tradicional de Dios y los humanos, el lugar de encuentro con lo divino, el Santo.

Moisés y Elías aparecen con Jesús: Moisés, el mediador de la alianza con Dios en el Sinaí, y con Elías el profeta. Representan la Ley y los Profetas, las Escrituras hebreas. Elaine Wainwright nos recuerda que estos dos hombres santos del Antiguo Testamento "también experimentaron encuentros transformadores con lo sagrado (Moisés en Ex 24,15-18 y Elías en Horeb, 1 Re 19,11-15), encuentros que tuvieron lugar en sus cuerpos. Todas estas transformaciones ocurren en un espacio aterrizado/terrenal - en una montaña".



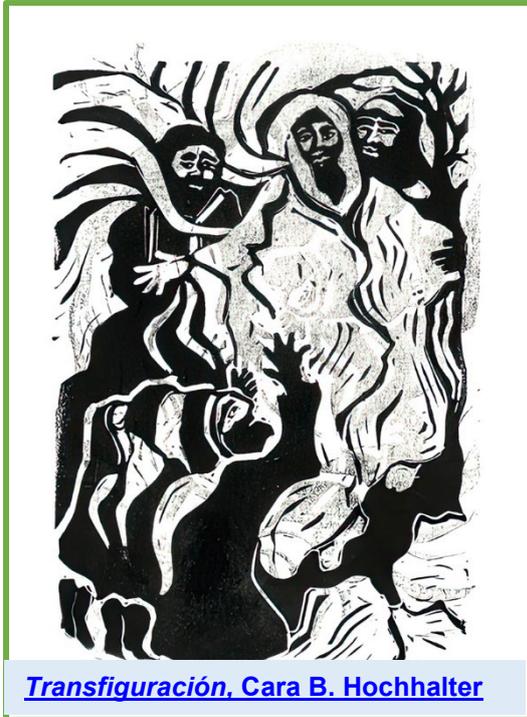
Transfiguración, Cerezo

Entonces "una nube brillante los cubrió con su sombra, y desde la nube una voz dijo: 'Este es mi Hijo, el Amado; en él me complazco; escúchenlo'". (Mt 17,5). Mateo utiliza imágenes del libro de Daniel para mostrar la aparición sobrenatural de Jesús. En ese pasaje de Daniel, el Anciano confiere poderes especiales al ser humano que viene en las nubes del cielo: "A él le fue dado dominio, gloria y realeza, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran. Su dominio es un dominio eterno que no pasará, y su realeza es una que nunca será destruida" (Dan 7,14).

Jesús dice a los tres discípulos que caen de rodillas por el miedo: "Levantaos y no tengáis miedo". El pasaje termina con estas palabras: "No habléis a nadie de la visión hasta que el Hijo del hombre haya resucitado de

entre los muertos" (Mt 17,9). No pueden permanecer en la montaña, sino que deben volver a su vida ordinaria y cotidiana.

A pesar de las imágenes de otro mundo, el pasaje de Mateo está bastante arraigado en este mundo: las imágenes, la hora y el lugar exactos en la montaña, las nubes, las referencias a los sentidos humanos de ver, oír y tocar, la generosa hospitalidad de Pedro al ofrecerse a construir tres cabañas para Jesús, Moisés y Elías. Estas imágenes hacen muy presente y real este breve momento de la vida de Jesús.



Hay hilos que conectan la transfiguración con acontecimientos significativos pasados y futuros en la vida de Jesús: El nacimiento de Jesús (cuando los sabios siguen la luz de la estrella para encontrar al que ha nacido para ser rey de los judíos), el bautismo de Jesús (cuando se abren los cielos y una voz grita: "Este es mi Hijo, el Amado, en quien tengo complacencia"), el Sermón de la Montaña (cuando, en la montaña, Jesús dice que los limpios de corazón verán a Dios y de nuevo cuando dice a los discípulos, "que brille vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" (imágenes luminosas relacionadas con la luz que emana de Jesús transfigurado), y la resurrección, cuando Jesús se encuentra con las discípulas y les dice: "No tengáis miedo; Id y decid a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán" (Mt 28,10).

En este momento, como sucedió en su bautismo, Jesús se acerca al Padre, que reconoce una vez más al Hijo como el Amado. Jesús necesita este momento para que le ayude a dar sentido a todo lo que le ha sucedido y le dé el valor y la fuerza para ir a Jerusalén y enfrentarse a grandes sufrimientos y a una muerte terrible.

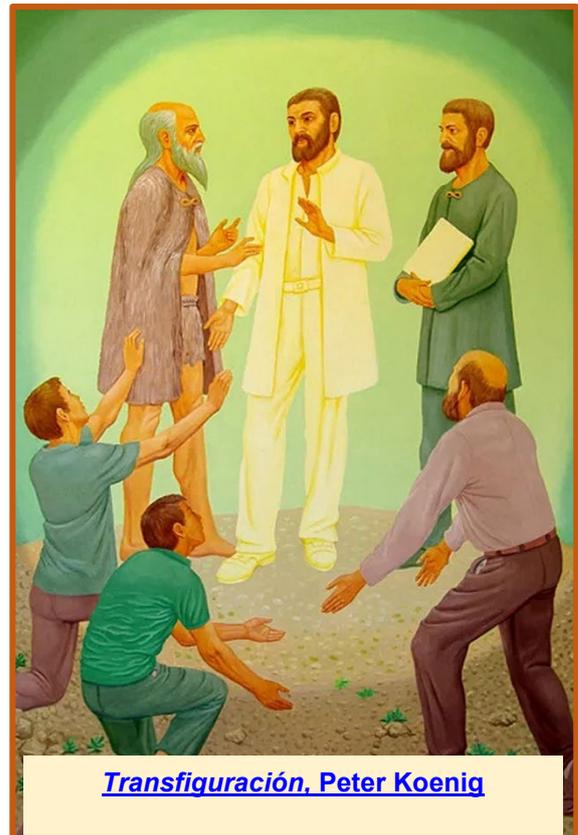
Los discípulos necesitan este momento para darse cuenta de que la Palabra de Dios continúa ahora en la persona de Jesús el Mesías, el Hijo del Dios vivo. Para los discípulos, aunque no fueron transfigurados, fueron partícipes de un encuentro transformador como lo fueron Moisés y Elías. En ese encuentro transformador, se acercan a Jesús, y se acercan a Aquel que les dice: "Este es mi Hijo, el Amado; en él me complazco; escuchadle". Los discípulos necesitan este momento para poder comprender también ellos el significado de la muerte y resurrección de Jesús.

En la segunda carta de Pedro, que contiene el único relato de la Transfiguración fuera de los Evangelios de Mateo, Marcos y Lucas, se nos recuerda, como seguidores de Jesús, que necesitamos este recuerdo para dar sentido a nuestras vidas en tiempos difíciles: "Tenemos el mensaje profético más plenamente confirmado. Haréis bien en estar atentos a él, como a una lámpara que alumbra en lugar oscuro, hasta que amanezca y salga el lucero del alba en vuestros corazones" (2 Pe 1,19). Son imágenes de luz maravillosas: una lámpara que brilla en un lugar oscuro, el día amanece, el lucero de la mañana se levanta en vuestros corazones.

Así que no sólo recibimos el coraje de seguir adelante, sino que se nos desafía a convertirnos en personas en cuyos corazones nace el lucero del alba, personas que reciben la luz del rostro de Dios y que suscitan esa luz en los demás. El Papa Francisco dice tan bellamente:

"¡Cuántos rostros luminosos, cuántas sonrisas, cuántas arrugas, cuántas lágrimas y cicatrices revelan amor a nuestro alrededor! Aprendamos a reconocerlos y a llenar nuestro corazón de ellos. Y luego pongámonos en camino para llevar también a los demás la luz que hemos recibido, mediante actos concretos de amor (cf. 1 Jn 3,18), sumergiéndonos en nuestros asuntos cotidianos con mayor generosidad, amando, sirviendo y perdonando con mayor seriedad y disposición. La contemplación de las maravillas de Dios, la contemplación del rostro de Dios, del rostro del Señor, debe movernos al servicio de los demás".

Al escuchar una vez más el relato de la Transfiguración, creamos de verdad que la estrella de la mañana surge en nuestros corazones. Confiemos en que hemos sido transformados por la luz del rostro de Dios revelado en el Hijo Jesús, revelado en cada uno de nosotros, revelado en el universo creado por Dios. Escuchemos, con esperanza y con alegría, el poema-oración de Steve Garnaas-Holmes:



[Transfiguración, Peter Koenig](#)

Tú eres el Amado de Dios.
 Que así sea. Así te conviertes en luz pura.
 Lo que era brillante en Jesús
 era simplemente el placer de Dios irradiando en él.
 Abre tu corazón al deseo de Dios para ti
 como la luz que se derrama en una habitación,
 como el silencio que recibe el canto de un pájaro.
 El amor de Dios por ti
 arde como una hoguera en ti. ¿Cómo se pone eso debajo de un celemín?
 Es el brillo en los ojos de Dios que resplandece en ti,
 la sangre corriendo al rostro del Amado, ruborizada por la pasión.
 No es arrogante disfrutar del deleite de Dios en ti.
 ¡Qué arrogante sería desdeñar la ardiente pasión del Amado!
 Acuéstate y deja que Dios te haga el amor.
 ¿Lo ves? Incluso mientras te sonrojas leyendo esto empiezas a brillar.
 Conviértete en el Amado,
 y como un joven enamorado te transfigurarás con la luz de Dios.

Que el lucero del alba se eleve en tu corazón. ¡Que te regodees en el deleite de Dios en ti!
 ¡Que te transfigures con la luz de Dios!